

de poniente, y ambos se habian incorporado con el del centro, componiendo todos ellos muy bien sus tres á cuatro mil hombres, para caer en seguida sobre el del presidente, que tendria sus dos mil. El lugar de esta reunion fue Tacubaya, pueblecito á media legua de Méjico, ya célebre en los fastos de la historia por haber sido designado para recoger en su seno los restos del famoso congreso de Panamá, y que ahora podia estar aún mas ufano de su suerte, pues iba á dar nombre á las bases sobre que habia de asentarse la prosperidad futura de la república mejicana. Entre estas bases habia una que debia dejar atrás en fama á sus compañeras, asi como entre los generales allí reunidos habia uno cuya gloria eclipsaba la de los demás; esta era la base séptima, en virtud de la cual el regenerador se reservaba *in pectore* el cómo, el por qué y el cuándo de la regeneracion.

Santa Anna, que habia tan felizmente parodiado á Cincinato, ahora se propuso parodiar á Augusto, no pudiendo nadie asignar término á esta manía de parodiar ni predecir sus resultados, sobre todo si es la historia romana la que ha de ir suministrando los originales: en consecuencia respetó escrupulosamente las formas. Él habia

asistido como un curioso al desenlace del drama, y se habia encontrado con que la fuerza de las circunstancias habia puesto en sus manos la malhadada herencia del gobierno, que le alejaba del asilo amado de su corazon; pero sería por poco tiempo, el puramente necesario para dejar encarrilados los negocios: haria el sacrificio de encargarse del mando en momentos tan difíciles; pero solo provisionalmente, habiendo de dar cuenta rigurosa de todos sus actos al primer congreso constitucional, que se reuniria dos años despues que el constituyente hubiese concluido su tarea.

El campamento de Tacubaya no solo hervia de uniformes, sí tambien de chupas y de fraques. Los licenciados abundaban allí y tambien los comerciantes, los primeros para escribir bases y proclamas, los segundos para suministrar talegas, ó mejor dicho, para sembrarlas en el agradecido campo de las revueltas públicas. ¡No permitiera el cielo que la nacion dejase de estar dignamente representada en aquel imponente senado! Buen cuidado se tuvo de nombrar desde el cuartel general los representantes de todos y cada uno de los departamentos, que por esta sola vez se tomaron de los habitantes de la ciudad de Méjico, pues era necesario

que se presentasen al siguiente dia en el congreso para tomar parte con los dignísimos representantes del ejército en la deliberacion de las célebres bases. Aquellos ciudadanos debian continuar formando cerca del regenerador un consejo que le iluminase en la difícil tarea que se habia echado á pechos. En fin, á todo se habia provisto, y los diputados que protestaron en Querétaro contra lo que se hacia en Tacubaya no entendian nada de achaque de gobierno regenerador.

Hay momentos en la vida de las naciones en que, cambiándose las condiciones de su existencia y avocadas á un gran porvenir, necesitan, ó al menos les viene bien, que la mano del genio les trace la nueva ruta, y ellas agradecen esta intervencion que tantos rodeos les ahorra: de aqui la mision de Augusto, la de Carlo-Magno, Pedro el Grande, Federico y Napoleon. Méjico se encontró desde la independencia en estos momentos solemnes, y dos vias se le presentaban que seguir, la de la legalidad constitucional marcada en su propio continente por la rastra luminosa de las virtudes y sublimes inteligencias de los Washington, Franklin, Madison, Jefferson y tantos otros, y la de la dictadura del genio, de que la

historia le ofrecia algunos ejemplos. La primera no ha tenido hombres que se la muestren y desbrocen, y en cuanto á la segunda le ha hecho falta asimismo el genio. Itúrbide con buenos antecedentes que le granjeaban una popularidad inmensa, con algunos talentos, y sobre todo con el favor de las circunstancias, no acertó á ejercer esa formidable dictadura: ¿será mas feliz Santa Anna en medio de mayores dificultades, á pesar de sus antecedentes é impopularidad, y con solo el auxilio de sus tretas y mayor esperiencia de las revoluciones? La Providencia no acostumbra á obrar asi: la obra no estaba preparada.

De todos modos Santa Anna, como buen regenerador, se echó á reformar la hacienda, la administracion de justicia y á tocar á todos los ramos del gobierno. Convocó tambien un congreso constituyente, esta vez producto inequívoco de la opinion, pues que en las elecciones fue generalmente derrotado el gobierno. Trabajó éste mucho con los diputados para hacerles entender los consejos de la prudencia, y el regenerador les trazó muy claramente en el discurso de apertura el camino que esperaba siguiesen, anatematizando con los términos mas significativos el sistema federal, para el que no

estaba preparada la nacion, y condenando en el central ese espíritu de desconfianza contra el poder que habia presidido á su organizacion. Se deseaba pues un gobierno libre de trabas y apoyado en el prestigio de la legalidad; se deseaba una presidencia para Santa Anna y digna de él. Algun diputado llegó á decir que era inútil el trabajo del congreso, y que viviendo Santa Anna no habia posible otra constitucion que su voluntad. Mas todo fue en vano: el congreso se decidió por la federacion. Santa Anna entonces se retiró á restablecer su salud á Manga de Clavo, y los ministros continuaron acudiendo á las sesiones por pura ceremonia hasta nuevo pronunciamiento.

La nacion, que habia enviado sus diputados al Congreso, no tuvo por conveniente sostenerlos en esta lucha con el poder militar, y los vió impasible reunirse por última vez, no en el palacio cuyas puertas se les habian cerrado, sino en medio de la gran plaza de Méjico, donde á la faz de un cielo sereno, y en presencia de algunos curiosos atraidos de la novedad del caso, protestaron de la violencia que se les hacia y apelaron de ello á las generaciones venideras, reservando los derechos imprescriptibles de la nacion.

Una junta de notables nombrados por Santa Anna se ha encargado despues de fijar las bases de la organizacion política. ¡Quiera el cielo inspirarles en esta obra tantas veces comenzada, en la final confeccion de esta verdadera tela de Penélope! Mas despues de todo, ¿qué son las leyes donde faltan las costumbres? Y quiero dar á entender, no solo las costumbres públicas, sí tambien las privadas. Y qué, ¿nada puede hacerse sobre este punto en Méjico, nada corregirse ni añadirse? ¿Y por su parte el gobierno tambien carecerá de iniciativa en las vias de la verdadera reforma, y se contentará con vivir y gravitar sobre aquella triste sociedad? Mas en el orden providencial de los sucesos humanos solo el mal brota espontáneamente de la vida, como las espinas de un campo inculto, y el bien se debe siempre á prodigiosos y sostenidos esfuerzos de inteligencia y de virtud. Una sociedad no puede salir del caos en que Méjico se encuentra sino por el trabajo combinado de sus hijos y del gobierno, y por un feliz consorcio de esfuerzos públicos y privados. Si la sociedad y el gobierno se escusan recíprocamente de este trabajo y le arroja cada uno sobre los hombros del otro, el mal se perpetuará con creces, hasta que tocado su

límite natural en la carrera de la destrucción desaparezca. De aquí la necesidad de acordarse sobre tan difícil materia, y de conquistar en fin un principio de gobierno; conquista que no depende de la voluntad de algunos, sino de un propósito verdaderamente nacional. Si así no sucede, si el estado de división sigue entre el poder y la sociedad; si el egoísmo continúa en los particulares y la falta de inteligencia del país y de la época en el gobierno, el poder central, ya debilísimo, se hará en fin impotente para mantener en un haz tantos pueblos y regiones, y la hermosa nación mejicana, que ya ha perdido á Tejas y Yucatán, perderá á Nuevo Méjico y Chihuahua, que no podrá defender contra las incursiones de los bárbaros; á Sonora y Sinaloa, devoradas hoy por una guerra civil espantosa; á las Californias, ese magnífico país tan codiciado por los extranjeros, y se fraccionará y pulverizará para que en el caos vuelva la Providencia á depositar el germen de vida de que ha de brotar esa gran nacionalidad que no podrá menos de surgir encima del suelo mas privilegiado que sobre el globo haya sido preparado para noble mansion del hombre.

La sociedad mejicana no ha podido ha-

llar ese centro hácia el cual es preciso que graviten sus ideas é intereses para que descanse y prospere: rota la autoridad, aún no ha sido capaz de recomponerla. ¿Desesperará por eso de la obra? De modo alguno: la fe en el porvenir es la primera condicion de vida moral y de buen suceso; el espíritu público, el primer resorte de gobierno. ¿Arrancará de en medio de su existencia política los veinte años de independéncia para volver á anudar el hilo quebrado de la tradición? Aun cuando fuera posible, ningun amigo se lo aconsejara. ¿Correrá en fin de experimento en experimento, hoy la república y mañana la monarquía? Mucho menos: los pueblos, mas aún que los individuos, deben señalarse por su perseverancia en los fines que una vez se propusieren; la ligereza en este punto los mataría infaliblemente. Una nación que hubiese adoptado con ardor una forma de gobierno por cuya consecucion hubiese hecho grandes sacrificios, y que de repente cansada de ella la arrinconase por otra nueva, mereceria no salir nunca de la esclavitud y de la miseria: un trastorno político de esta especie no se efectúa sin lastimar multitud de intereses, sin abrir porcion de heridas, y la sociedad no es una materia bruta sobre la

que se pueda siempre operar impunemente; hay dentro de ella un principio conservador, que lo es de su existencia, el cual resiste y hace poco menos que imposibles semejantes bruscas transiciones. Pero en fin la república, por mas que sea el bello ideal del gobierno, y que fuera de desear se aclimatase en la América española para elevarla á la altura de su mision civilizadora y oponerla con buen éxito al torrente desbordado del norte, está profundamente desacreditada allí, y los espíritus un tiempo distraídos y absortos con la movilidad de los sucesos, dan hoy en volverse con pertinacia hácia el sol de la monarquía: examinaré pues, aunque ligeramente, las circunstancias que favorecerian ó resistirian su reaparicion en Méjico.

El pensamiento de monarquía en América, como hemos visto, no era absolutamente nuevo en los consejos de España; mas por lo que á aquel país respecta, creo que no tomase cuerpo y consistencia en los ánimos hasta la época de la independenciam. Él ofrecia una salida natural y lógica á la difícil situacion creada por la lucha, y halagaba á un mismo tiempo á naturales y europeos; pues aun estos comenzaban á avergonzarse de la creciente corrupcion de la

corte de España, y de su ineptitud para un gobierno cada vez mas vasto y complicado. Desperdióse empero tan buena coyuntura, ó no permitieron aprovecharla las circunstancias. Chateaubriand ha dicho que se pensaba seriamente en ello, ó que entraba al menos en su política el establecimiento de monarquías borbónicas en América: podrá ser así; pero acaso era ya tarde, y de todos modos fue mal principio restablecer en 1823 en España el poder absoluto. Luego hubo de tomar puerto la monarquía, porque el viento comenzó á soplar fuerte del lado opuesto del cuadrante, hasta que la hizo zarpar con tan poco tino Gutierrez Estrada, de que poco agradecidos le viven allí los monárquicos.

La monarquía es hasta cierto punto planta exótica de América, pues si ha prevalecido en el Brasil es por circunstancias particulares que la hubieran hecho prevalecer en Méjico si el viaje proyectado en Aranjuez se hubiera verificado y alargado mas allá del Océano; mas los ensayos hechos en una y otra América española han fallado, si bien se hicieron sin grande acuerdo. Con efecto, en América no habia ninguna familia bastante caracterizada ni con raices suficientes en la sociedad y en la historia, para

optar á una corona en una coyuntura que se presentase: la política de España habia sido en este punto previsora. En falta de familia tampoco se ha presentado alli ningun individuo que mostrase en su genio sus pergaminos y en sus grandes servicios sus títulos; ningun individuo dotado del tacto de la verdadera ambicion para alzar una corona de entre los escombros de la revolucion. Infero pues que en América no hay posible mas monarquía que la borbónica, por ser la única que pudiese arrancar naturalmente de la tradicion, fresca aún en la memoria de los pueblos, de la cual no han podido borrarla los desastres públicos sufridos. Una monarquía estrangera lucharía alli con mil hábitos y antipatías, con recuerdos igualmente que con los sentimientos del dia.

Pero esta tradicion no es rigurosamente monárquica: lo es en el fondo en cuanto consagra la unidad y aun la reviste de un prestigio inmenso. Si las autoridades, si un obispo, un virey eran ya cosas tan altas y respetables para los americanos, el rey, que se suponía mas grande y mas bueno que sus representantes, era una divinidad presente en todas partes y que movía ocultamente los resortes de la obediencia. La distancia y

el misterio favorecian esta ilusion óptica, y permitian ancho campo á la imaginacion para desplegarse; mas el personal y el artificio del gobierno eran un tanto republicanos. Un fraile, un obispo, un oidor reproducian siempre el padron del hombre del pueblo, y aun ordinariamente el mismo virey. Sus funciones siempre apoyaban al pueblo y tendian á profundizar en él el sentimiento de la igualdad á la par del respeto á la autoridad. La movilidad misma del gobierno que se renovaba periódicamente á la vista del pueblo le presentaba no pocos puntos de contacto con la república. Sin embargo, insisto en que estos accidentes podrán modificar mas no destruir el fondo monárquico de la tradicion, y en que tan solo impondrian la precision de estudiarlos para proceder con mas seguridad en la difícil obra de ingertar una monarquía de bulto y adecuada á las circunstancias en el tronco de aquel orden de ideas.

Mas es de advertirse, que si esa tradicion dura no es con el vigor antiguo, pues el tiempo y las novedades que trae consigo y nuevos hábitos que engendra contribuyen incesantemente á debilitarla. Entre esos hábitos ningunos mas funestos que los de la igualdad que nace de la confusion y del

desorden; esos hábitos de hombrearse con la autoridad y de resistirla cuerpo á cuerpo, ó si no de eludirla con astucia; hábitos anárquicos profundamente arraigados en Méjico, favorecidos de las circunstancias y hasta de la estension y dificultades del terreno, que serian los que mas serios obstáculos opusiesen al establecimiento de un gobierno monárquico, que tiene siempre que empezar por hacer acatar la idea de autoridad y de gerarquía.

Nobleza no existe en Méjico; pero en su lugar favorecerian la monarquía los grandes propietarios, deseosos como están de garantías y de distinguirse un poco de las turbas republicanas; la favoreceria tambien el ejército bien organizado. El clero alto tiene visiblemente tendencias monárquicas, y no sería difícil atraer hácia este rumbo al clero parroquial. Los indios serian propicios á la monarquía. Los Estados-Unidos en fin serian sus implacables enemigos, y en el estado de disolucion de aquel pais encontrarían armas con que hacerle guerra cruel.

La monarquía, si habia de ser una institucion tutelar y organizadora, y en otro caso no podria subsistir un solo día, era preciso que por bastante tiempo no gravitase esclusivamente sobre la sociedad y vi-

viese en gran manera de sí misma, hasta que pudiese robustecerse con el incremento de vida social por ella creado. Un apoyo estrangero le era pues indispensable, y de aqui uno de los mayores escollos que pudiese correr su definitivo establecimiento: testigo la restauracion en Francia y el trono de Othon en Grecia.

El camino, ya florido ya espinoso, de los recuerdos, me ha conducido al estado presente de Méjico; mas hasta ahora tan solo he considerado el poder en sus grandes vicisitudes y en sus relaciones generales con la sociedad; réstame contemplar mi asunto bajo otros puntos diferentes de vista para bosquejar, si me es posible, la situacion actual de Méjico.